

E

S una gran desgracia que ciertas ideas no puedan reducirse a vulgares hechos de policía, para encerrar a su autor en el panóptico de los delincuentes comunes, o arrastrarlo hasta el banquillo, por el delito de genocidio intelectual.

El desgraciado que mata a otro en una orgía de alcohol o estrangula a una prostituta dominado por el vendaval genésico—inexplicable a los ojos apagados de su propia consciencia—; el depravado que bebe, con espasmódica euforia, la sangre de su víctima, o aúlla bajo el hechizo del astro lunar; quien se acrimina o asalta por hambre; quien roba para curar la tuberculosis de sus hijos, no han podido huir del asedio de circunstancias que vulneran fundamentalmente la substancia de su ser, o son el producto ensangrentado del manicomio social de nuestra época: piedad, para ellos, y maldición bíblica para quien exprime en sus bocas el zumo de la vid envenenada, para el negro, que impulsa la prostitución y la muerte construyendo conventillos, o incita al crimen, levantando presidios, en lugar de edificios escolares.



Víctimas miserables, subyacen con la consciencia inundada, náufragos negros de un barco del que no son sino amargos tripulantes, y cuyo piloto siniestro hace resonar en la oscuridad su carcajada diabólica.

Pero el ente intelectual, esa albóndiga macerada por hechos que ignora, y que pretende torcer, que habla de la cultura, usando pronombres posesivos, y adora la **subjetividad e imponderabilidad** de las ideas, por sobre toda otra condición; ese avechicho, inmóvil en el mástil —manchado de hollín y de amarillo— del diarismo criollo, y que vive echando sobre sus semejantes el DDT de sus fúnebres deyecciones "intelectuales", ese **ASESINO DE LA OPINION PUBLICA**, debiera ser arrojado a la mazmorra de los delincuentes cuyo prontuario no admite otro atenuante que el desprecio que caerá sobre su cabeza el día de los juicios definitivos.

Sólo el gobernante, quién sabe, afronta históricamente tanta responsabilidad como el intelectual, por poco intelectual que resulte ser el gobernante. El oleaje dialéctico baña a menudo sus móviles imperios, compenetrándolos, saturado de hechos, aquel; de proyecciones y tesis el segundo.

El intelectual, en consecuencia, por torva que sea su posición ante el mundo, será, o deberá ser siempre responsable de sus actos. Su formación, su cultura, su visión más amplia del mundo, su mismo acceso a las vías del pensamiento, y su pretenciosa convicción de que trabaja con los más puros materiales humanos, plantean la necesidad de exigirle, perentoriamente, una conducta ética acorde con el papel social que juega ante sus contemporáneos.

Somos los primeros en reconocer la influencia decisiva de la lucha de clases, del medio ambiente, de la pugna económica y otros factores importantes. No desconocemos nada de eso.

Pero, nuestro punto de vista se dirige a otro ángulo. Se puede ser de izquierda o de derecha, del Norte o del Sur, de la Tierra del Fuego o de la Guayana Holandesa. Se puede ser piel roja, francés o búlgaro. Unos podrán estar en lo cierto, y otros equivocados. Que se agarren, como a un salvavidas, al quiste de sus ideas, aquellos que siguen creyendo que el mundo es una pelota inmóvil. Allá ellos. Eso, y más, resulta previsible, en momentos en que la historia permite que los hechos se penetren y desgarran, a la espera de su cristalización definitiva. Pero aun en este punto hay alternativas que tienen que ver estrictamente con la honradez de toda posición. Que un reaccionario, escriba como un reaccionario ¡En buenahora! Es lo justo, y lo único que cabe esperar. El público, en última instancia, no es tan bestia como algunos creen, y con frecuencia sabe a qué atenerse. Pero que un crítico reaccionario, apolillado hasta los entresijos del alma, se cale el gorro frigio y se ponga a cantar la "Carmagnole" a la vista de un poema que no ha entendido nunca, simplemente porque amaneció acostado con el autor o recibió en préstamo dinero, **CONTRA ESO ESTAMOS**. Que un intelectual de izquierda elogie a uno de derecha, sólo porque éste dibujó una palomita de la paz con una rama en el pico, a despecho de todas sus turbiedades, **CONTRA ESO ESTAMOS**. Que se engañe al público, levantando o manteniendo figuras ya gangrenadas por el manoseo prostibulario, substrayéndose a lo fundamental, y utilizando para el juicio sólo el detalle, **CONTRA ESO ESTAMOS**.

El oportunismo innoble de una indefinida casta intelectual, asilada en la derecha o en la izquierda, desvirtúa, con su actuación escandalosa y contradictoria, el curso de la opinión ciudadana, atropellando principios y exhibiendo su conducta de siniestros o bien pagados perdularios.